Yolanda Reyes

LOS AÑOS TERRIBLES



Juliana, Valeria y Lucía son primas; tienen casi la misma edad y suelen encontrarse en la casa de su abuela. Sin embargo, son muy distintas entre sí. Y atraviesan la adolescencia, esos "años terribles", cada una a su manera. El primer amor, la competencia con los hermanos por el afecto de los padres, los vínculos con sus amigos y los secretos familiares marcan la vida de las tres protagonistas. Crecer es elegir el modo de ingresar a la adultez. Por eso, cada una tendrá que decidir cómo encaminarse hacia su propio futuro.

Norma
www.librerianorma.com

CC 26508339
ISBN 978-958-776-001-9

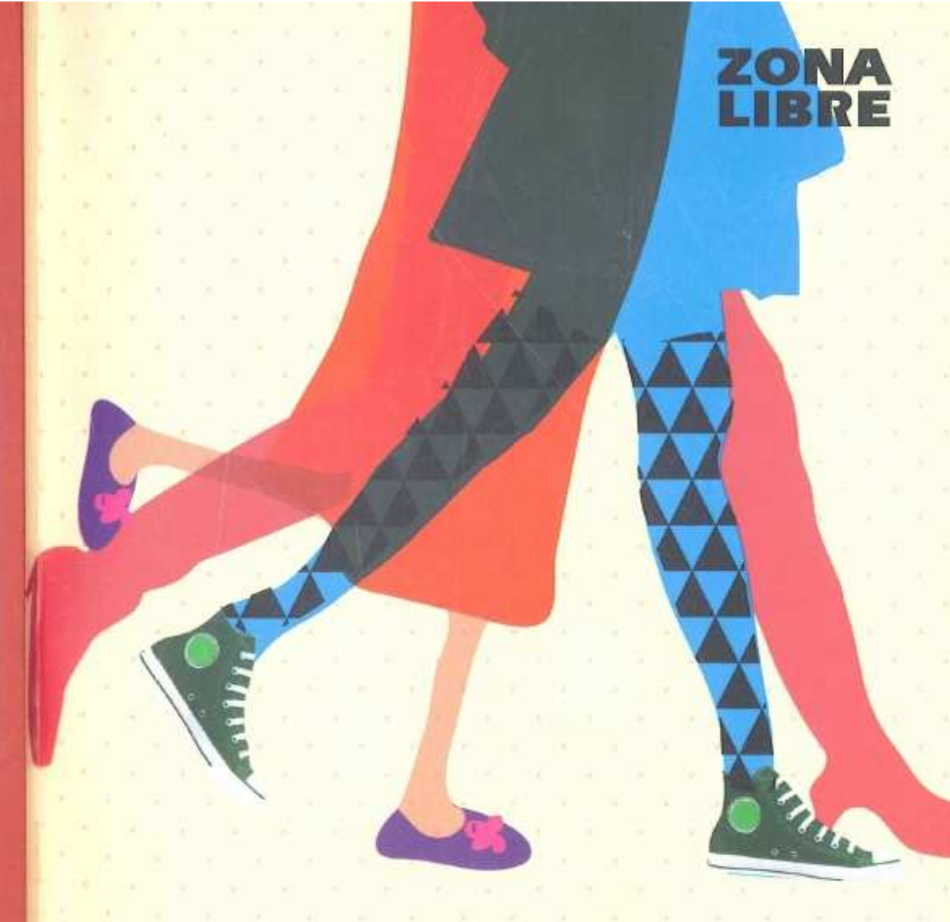


ZONA LIBRE

LOS AÑOS TERRIBLES

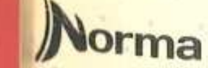
Yolanda Reyes





Yolanda Reyes

LOS AÑOS TERRIBLES



ZONA LIBRE

Los años terribles

Yolanda Reyes



www.librerianorma.com | www.literaturajuvenilnorma.com

Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala, Lima, México,
Panamá, Quito, San José, San Juan, Santiago de Chile.

Reyes, Yolanda, 1959-
Los años terribles / Yolanda Reyes. -- Bogotá: Carvajal Educación, 2012.
240 p.; 21 cm. -- (Zona libre)
ISBN 978-958-776-001-9
1. Novela colombiana 2. Novela juvenil colombiana
3. Adolescencia - Novela I. Tít. II. Serie.
Co863.6 cd 21 ed.
A1374730

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Avenida El dorado No. 90-10, Bogotá, Colombia.

Esta novela obtuvo una Beca de Creación Literaria otorgada por el Ministerio de la Cultura de Colombia en 1997.

Mayo de 2015
Impreso por Stilo Impresores Ltda.
Impreso en Colombia

Edición: María Candelaria Posada
Diseño de cubierta: Romina Rovera
Diagramación: Luz Jazmine Güechá Sabogal

C.C. 26508339
ISBN: 978-958-776-001-9

Contenido

A Luis Calderón,
desde el fondo de
los años terribles.

Como si existiera el sentido común…
El sentido no es común; es único. Para encontrarlo
hay que recorrer todo el camino del sentido común
y luego devolverse, desandar los pasos.
No hay nada más individual ni más solitario
que la búsqueda del sentido.
Si es que existe…

UNO

Tres retratos

¿Cuál era vuestro rostro antes de que
vuestro padre y vuestra madre
se hubieran encontrado?

Texto zen.

I. Juliana

Yo soy la mayor. Me llamo Juliana. Nací un día nueve del mes nueve, de un año que termina en nueve. Debió ser a las nueve de la mañana, más o menos. Pero ese detalle de la hora es inventado. Sinceramente, nadie tiene la menor idea. Eso lo vine a descubrir un buen día porque la tía de una amiga, que es esotérica, me iba a hacer la carta astral y necesitaba saber mi hora exacta de nacimiento, para ver en qué punto estaban Saturno y la Luna y quién sabe qué más astros. Cuando le pregunté a mi mamá a qué horas nací, ella se puso muy nerviosa

y me contestó "no me acuerdo". Imagínense: ese día se derrumbó la novela rosa de mi nacimiento. Que la propia mamá, que supuestamente lo adora a uno, que es el mayor, el que le cambió la historia y le dio el título de mamá… Y resulta que no sabe a qué horas le sucedió semejante cosa.

Yo seguí insistiendo, "pero, mami, dime más o menos alguna hora" y ella cada vez se ponía más nerviosa y cambiaba de tema. Entonces fui a donde mi papá y sucedió lo mismo. Y probé con los dos juntos, cara a cara, estilo detective, para espiar sus gestos y sus reacciones. Ahí fue peor… A mi papá se le deslizó un "mejor no hablemos de eso", y no se imaginan cómo me sentí. Desde entonces, cada vez que pongo el tema, sucede algo parecido. Mi papá mira a mi mamá como diciendo "¿le contamos?" y luego se hace un minuto de silencio. Nada qué ver con los cuentos de hadas. Más bien suena a historia típica de telenovela. Podría llamarse la sombra del pasado o algo así. Sólo me ha faltado ir a hablar con el médico que estuvo en mi nacimiento. Si no fuera tan cursi, o si al menos supiera quién era el médico, o dónde diablos está…

Total, que, para resumir, me quedé sin carta astral y además durante mucho tiempo pensé "soy adoptada". Pero después de mucho darle vueltas en la cabeza y de imaginar todo un rollo sobre mis trámites de adopción, llegué a la conclusión de que eso es imposible. Soy el vivo retrato de mi papá, dice la abuela. Él hombre y yo mujer, es lo único. De resto, la misma

mirada, la misma cara, la misma boca grande, con los dos dientes enormes, arriba. (Sí, los dientes de conejo son mi punto débil, o sea, el más notorio.) Mis tías también son dientonas. No cabe duda, ese es un rasgo de familia. Y mi carácter también, dice mamá, cuando discuto con ella. (Casi todos los días, o a veces dos o más veces en una hora.) Mi mamá me dice que heredé el genio de la familia de papá. No sé si lo dice en serio… Ella sabe que yo sé lo que piensa sobre la familia de mi papá. Por eso debe ser que me lo dice.

De mamá, en cambio, tengo muy poco. Tal vez el cuerpo, que no está nada mal. (O bueno, no estaba, antes de engordarme. Ahora parezco un tanque, según mi hermano, que va siempre directo al punto del dolor.) A veces me encantaría parecerme más a mi mamá, que siempre fue la niña bonita de la casa, pero esas cosas nadie las escoge. Y en últimas, tampoco me importa mucho ni mucho menos le importa a esta historia. El caso es que no soy adoptada (creo), que no sé dónde diablos estaba Saturno cuando vine al mundo y que nadie está interesado en aclarar el misterio de mi nacimiento. Ese es el eslabón perdido, un misterio del calibre del Triángulo de las Bermudas, todo un agujero negro. Y como esta no es una novela de detectives, lo más probable es que nunca se resuelva. En últimas, lo importante es que soy la mayor de mi casa y la mayor de mis primas. Yo nací primero. Y por eso, simplemente por eso, me toca el primer turno para contar la historia.

Tengo dos hermanos hombres, menores, y soy la única mujer. "La única mujer... Cómo serás de consentida", dice la gente. ¿Ustedes se han preguntado por qué la gente dice siempre las mismas cosas ? En algún momento alguien debió empezar la cadena, seguro pensó eso y lo dijo y así debió empezar la costumbre de repetir siempre la misma bobería, sin pensar, sin conocer nada más, sin ton ni son. Yo no sé si soy o no soy consentida. A veces sí y a veces no. Cuando me conviene, dice papá. Pero eso no tiene importancia. En realidad, es salirse del tema. El tema es mi historia y quise comenzarla por el comienzo, o sea por las "oscuras circunstancias" que rodean el misterio de mi nacimiento. Pero quién sabe si mi vida empezó en ese momento. O sea, obvio que empezó antes de ese día. Por supuesto que ya sé de dónde vienen los niños, y, por consiguiente, hay que calcular nueve meses atrás para hablar de un verdadero comienzo. Claro que eso pertenece a la vida privada de mis papás y no quiero hacerles más preguntas por ahora. Si ni siquiera saben a qué horas nací, tampoco deben acordarse de cómo me hicieron.

II. Valeria

Una vez, a los tres años, yo estaba en el parque con mi papá y él se encontró a uno de sus amigos de toda la vida. Mi papá, muy orgulloso, le dijo a su amigo: "Esta es Valeria, mi hija". El amigo de papá, dijo cualquier cosa, algo así como: "Hola, Valeria, cómo estás de grande". Yo me puse furiosa y le contesté: "Yo no soy grande, yo soy mediana". Desde ese día, siempre me cuentan la misma historia como un gran chiste.

Yo no le encuentro la gracia, será porque siempre he cargado con eso de ser la mediana. Estoy en la mitad de mis hermanos y, con

las primas de mi edad, también soy la del medio, en orden de aparición, (de nacimiento). Ni la mayor ni la menor, digamos que soy el relleno del sándwich. Tampoco soy gorda ni flaca, ni muy alta ni demasiado baja, sencillamente, mediana. Ni muy bonita, ni muy fea. Ni blanca ni morena, trigueña, como dice mi tarjeta de identidad. Estatura: normal. Señales particulares: ninguna. Ni siquiera uso gafas, como por decir algo que pueda distinguirme. No he sido nunca infeliz pero tampoco puede decirse que viva saltando de la felicidad. Digamos que tengo una vida normal. No me la paso discutiendo con mis viejos, como ciertas personas, pero tampoco soy una mosquita muerta.

Para completar, no encajo bien con nadie en las reuniones de familia. Cuando vamos a la casa de la abuela, me aburro con mis primos pequeños porque son muy niños, pero tampoco pego con los grandes. Mi mamá dice que estoy en la edad de la "caca de gato". (Perdón, así le dicen en mi casa a la adolescencia. No sé en qué se parecen la adolescencia y la caca de gato. Es más: nunca he visto –ni olido– la caca de gato y creo que en mi casa nadie ha tenido esa experiencia. Que yo sepa, nunca ha habido gatos.) Ya empecé a irme por las ramas. Se ve que no soy muy buena para los retratos hablados... ¿qué más quieren que diga? Debe ser que no soy nada del otro mundo.

Hay gente con más personalidad. Gente de ideas fijas y temperamentos fuertes. Yo vivo rodeada de gente así. Por ejemplo, tengo un hermano mayor,

Antonio, de diecisiete, que casi nunca me determina y que sólo me dirige la palabra para regañarme porque jura que es mi papá. Y una hermanita pequeña, de ocho años, que es INSOPORTABLE y sapa, para rematar. (La rana Mariana dice croac, croac... le canto, cuando quiero que haga un berrinche, pero entonces salta mamá a defender a su mascota ¡croac!...) Por el lado de mis primas, la cosa es peor: Juliana y Lucía son tan dominantes, que se la pasan en una sola pelea. Desde chiquitas, en los juegos, siempre han estado tratando de demostrar quién manda más, quién es más fuerte. Y para que se mueran de la risa, siempre parezco la más fuerte, por pura casualidad. Yo, que nunca he estado interesada en entrar en su competencia.

Desde que me acuerdo, hemos estado en las mismas. Les voy a dar un ejemplo típico: Juliana quería jugar a las muñecas, digamos. Y Lucía, que era buena deportista, quería quemados, para reventarnos con el balón. Entonces empezaba la pelea y duraba horas la discusión. Y yo, que era la boba de las tres, finalmente decidía. Porque si escogía muñecas, ya eran dos contra una, y mayoría gana. Y si escogía quemados, pues igual. Yo era una especie de trofeo que Juliana y Lucía se disputaban. O sea que las dos tenían que echarme cepillo[1] para convencerme de que las apoyara.

1 Expresión que significa adulación.

Siempre he sido la que define de qué lado está la fuerza. Sin proponérmelo, claro. Así, con mi cara de mosquita muerta, como dicen en mi casa. Qué envidia, dirán algunos, pero no siempre es tan fácil. Uno termina sin saber quién es ni qué quiere, ni de qué lado está. Además, tengo un problema: cambio de bando con mucha facilidad. La gente cree que lo hago a propósito pero, qué quieren que haga, no es mi culpa... Siempre encuentro en cada discusión, un poco de razón de lado y lado. Debe ser cierto lo que dice mi prima Lucía: No tengo personalidad. "Al sol que más alumbre", remata mi prima Juliana y eso me duele mucho, seguro porque es verdad y la verdad duele. No es fácil ser mediana. "Si Juliana te dice que te botes por un precipicio, entonces, ¿tú te botas?" me dijo una vez Lucía, muerta de la ira. Yo no supe qué contestarle... Soy pésima para discutir. A la larga, sí. Si Juliana me dice, yo me boto por el precipicio, sólo para no tenerme que pasar la vida peleando por idioteces.

Ahora, todavía a esta edad, sigo metida en la competencia permanente de mis primas. Ya no se trata de jugar quemados o muñecas, sino de esperar con impaciencia a ver quién crece más rápido y quién es más madura. Quién tuvo primero la regla, quién necesitó primero usar *brassier*, pero *brassier* de verdad, con copa, no con relleno. Quién consiguió novio primero. Pero novio de verdad, con besos de verdad, etcétera, etcétera. A veces me pregunto si seguiremos eternamente con el mismo juego:

"Monja, viuda, soltera o casada", como dice la cancioncita esa que se juega saltando lazo. (¿Quién se casa primero, quién tiene hijos primero, cuántos hijos, quién se queda soltera, quién se divorcia y cuántas veces y quién no, quién se muere primero, quién se va para el cielo, quién para el purgatorio y quién para el infierno?) Qué horror lo que estoy diciendo, de pronto borro estos últimos renglones. Otra vez me desvié del tema. ¿Cuál era el tema? No me cuesta trabajo empezar a divagar. Ah... se me olvidaba un dato clave: a los nueve años le hice mi primera visita a la psicóloga del colegio. *Motivo de la consulta: Se le dificulta expresar sus sentimientos,* decía el papel. Creo que la psicóloga no pudo dar con el chiste o, al menos, eso debe pensar mi mamá cuando dice que soy hermética.

III. Lucía

Esa noche, en la finca de mi abuela, mamá estaba sola con sus cuatro hijos. Cuatro hijos y medio, porque estaba embarazada; estaba esperándome a mí. Era semana santa, y el resto de la gente se había ido a ver la procesión de medianoche. La casa era una sola penumbra. Mis hermanos ya estaban acostados. De pronto, mamá oyó ese ruido, que venía del cuarto de los niños. Ella sabía que no era un ruido de niños. Era algo diferente… Un rumor de pasos, lento, rítmico, como pasos imaginarios; "un eco de pasos" dice ella, siempre que lo cuenta. Muerta de miedo, mamá se

levantó corriendo a revisar el cuarto de los niños y se quedó petrificada con lo que vio: la llama de una vela –sin vela, sólo la llama– pasó, una por una, sobre la cabeza de cada uno de los niños. Mamá vio la llama detenerse en cada cabeza. Gritó del pánico y tres de mis hermanos se despertaron y se fueron corriendo a su cama. No hubo poder humano que los hiciera volver al cuarto de los niños, dice ella. De hecho, esa noche durmieron todos apretujados en la cama grande y mamá no pegó los ojos, en un bordecito del colchón. Sólo mi hermano Manuel se quedó en su propia cama esa noche. Por algo era el mayor. Tenía ocho años, iba a hacer la Primera Comunión y se las daba de valiente.

Al otro día temprano, Manuel le preguntó a mamá:

–¿Cierto que si yo me muero con la medalla del Ángel de la Guarda me voy directo hacia el cielo?

–Mi amor, de todas formas, con o sin medalla, tú te vas a ir al cielo –le contestó ella–. Pero ahora no hablemos de esas cosas, estás muy niño para pensar en la muerte.

El día siguió como de costumbre. Sólo fue después de almuerzo, cuando encontraron muerto a Manuel. Se había ahogado en la alberca. Él ya sabía nadar, por eso nunca nadie supo bien qué pasó.

Yo soy la menor. La quinta. Nací cinco meses después de ese día. Me llamo Lucía.

Sí, soy Lucía y nací para llenar un gran vacío. O mejor, nací después de ese gran vacío que dejó la

muerte de mi hermano. Un vacío que nunca pude llenar, por más de que me lo propuse, con o sin conocimiento. (Hay cosas que siempre se saben, hay cosas que se sienten sin palabras, en un lugar entre la piel, el estómago y el corazón, aunque después lleguen las palabras y las bauticen con un nombre.)

"A un hijo no lo reemplaza nadie", oí decir siempre a mamá. Siempre, desde que me conozco. Siempre, desde que tuve uso de razón, como dice la abuela. Durante mucho tiempo no pude entender el sentido exacto de sus palabras. Cargué con su tristeza y con su resignación, traté de hacerme la graciosa, traté por todos los medios de existir, de hacerme notar, para que ella corriera la nube espesa de su mirada triste y me viera. Ahora, que soy adolescente, entiendo que todo eso era imposible. Soy Lucía, un nombre borroso, soy el reemplazo de un fantasma.

Dicen que para crecer hay que rebelarse contra los padres, hay que destruir sus imágenes y armar una identidad propia. Yo no tuve que hacer eso. Nunca sentí que yo fuera una parte de mamá. Al menos, ese paso me lo ahorré.

Con mi papá, las cosas fueron distintas. Completamente distintas. Yo era la niña de sus ojos. "Lucía, la luz de mis ojos" me decía, medio en chiste, medio en serio, cuando era muy pequeña. Lo recuerdo desde siempre, desde que era una bebé. (Aunque digan que los bebés no tienen memoria.) Me veo muy pequeña, con cólico, y lo veo a él meciéndome en la mecedo-

ra, con la canción de Joan Manuel Serrat, que es su cantante preferido.

...Si alguna vez, si algún día
después de amar amé
fue por tu amor, Lucía.
Lucía.

Papá escogió mi nombre. A veces pienso que tuvo una novia que se llamaba Lucía. No sé si es porque he armado toda una historia con la canción de Lucía. No sé si durante un tiempo, en vez de su hija, me creí su novia. (O quise ser su novia...) Eso me hacía sentir tan avergonzada... Después leí en una revista *Vanidades* que esa es una etapa normal en la infancia, que les pasa a todas las niñas, que se "enamoran" de su papá y que a los niños les pasa lo mismo, pero con su mamá. Ese día llegué a la conclusión de que no soy nada original y saber eso me tranquilizó. Pensé también que mamá me tenía celos (¿O yo a ella?) y también se me ocurrió que mi relación con papá era parecida a la que tuvo ella con Manuel, su hijo mayor, su "hombrecito", como le dice todavía cuando se acuerda de él.

Después de leer esa revista, entendí un poco mejor a mamá. Ella dice que soy muy niña, que hay cosas que todavía no puedo entender, que la vida se encargará de enseñarme. Tantas veces me ha dicho: "Eso sólo podrás sentirlo cuando tengas tus propios hijos" o frases típicas así de ese estilo, que, sólo por

rebeldía, pienso que no le voy a dar gusto, que no voy a tener hijos, para no tener que saber esas cosas que lo vuelven a uno tan amargado.

Desperté de ser niño,
nunca despiertes.
Triste llevo la boca,
ríete siempre
siempre en la cuna
defendiendo la risa
pluma por pluma...

Así dicen los versos de Miguel Hernández que canta papá. Me los canta a mí y me cuenta que Miguel Hernández se los escribió a su hijo cuando era bebé y él no lo conocía porque estaba en la cárcel. A mí me gustan pero no estoy de acuerdo con Miguel Hernández. Para mí no ha sido fácil ser niña. No sé qué es lo que tanto envidian los adultos de los niños. Siempre me ha pasado lo contrario: envidio a los adultos, que ya tienen la vida para ellos y no tienen que pasársela de aquí para allá pidiendo permisos para esto y lo otro. Permisos, premios, castigos, órdenes, cosas que tienes que comer, hacer o decir y que supuestamente "son por tu bien", como dice la abuela.

No quiero seguir siendo niña, ya no soy una niña. Quiero crecer del todo; de una vez por todas. Despertar de ser niña. Crecer rápido y punto.

DOS

Tejiendo trenzas

Trenza: Conjunto de tres o más cabos cruzando alternativamente cada uno de ellos por encima y por debajo de los otros.

Diccionario Kapelusz de la Lengua Española

I. Juliana

Nos peinaban con trenzas, a mí y a mis primas, y creo que, en el fondo, pensaban que cada una era apenas uno de los cabos de la trenza. Durante ese tiempo, las tres también suponíamos que, para existir, era necesario ser parte de una trenza. Y, claro, como las trenzas, estar agarradas a una cabeza. Éramos tan amigas las tres primas, teníamos tanta suerte de haber nacido casi al tiempo y en una familia tan unida. Eso decían los adultos, cuando llegábamos todos y nos reuníamos alrededor de la mesa maciza de la finca, con la abuela

en la cabecera. Todo parecía como de *Mujercitas*, qué conmovedor...

–A ver, bien derechitas, espalda con espalda, cola con cola, péguense bien y no hagan trampa, para saber cuál está más alta –decía la tía Luisa, que era la encargada de medirnos cuando llegábamos a La Unión, a pasar las vacaciones.

"Espejito, espejito, dime cuál es la más bella", pensaba yo en esos momentos interminables antes del veredicto de la tía Luisa. Esperábamos los resultados como si estuviéramos en el reinado de *miss* universo. Era algo tan angustioso como esos momentos en los que se anuncia primero a la princesa y la princesa sonríe y besa a la virreina, pero lo que quiere es desaparecerla, y luego anuncian a la virreina y la virreina sonríe y felicita a la reina, pero lo que quiere es matarla, ojalá ahí, para ocupar su lugar. Y la reina llora, cuando le anuncian que es reina. Y se abraza de las otras, que supuestamente deben estar felices, compartiendo semejante triunfo. Pero que no son más que unas hipócritas y están verdes de envidia.

Nos jugábamos la vida en esa estupidez. A los nueve años, ser la más alta era una cuestión de honor. Yo nunca pude ganar. Por más que me estiré y traté de alargar cada músculo y cada hueso, mi prima Lucía ganaba. La diferencia era de uno o dos centímetros, algo así de insignificante. Pero siempre fue la más alta, a pesar de ser la menor. Lástima que nunca, a ninguna de las tías, se le ocurrió hacer una prueba de la más acusetas. Esa también se la habría ganado

Lucía. Y si lo infantil pudiera medirse en centímetros, ella habría ganado por más de un metro.

–Cada uno es cada cual y cada cual tiene sus mañas –decía la abuela cuando nos veía peleando por esas bobadas. Ahora pienso que la abuela y todos en mi familia tenían la culpa de nuestras peleas. Eran tan o más infantiles que nosotras y se la pasaban haciendo comparaciones. Quién habló primero, quién sacó las mejores notas, a quién quieres más: a tu papá o a tu mamá, a tu tío o a tu tía. Eso se aprende de los adultos, yo creo. Y, en el fondo, uno se la juega. Uno le apuesta al "me quiere mucho... poquito... nada". Cae en la trampa de ser el más... el más lo que sea, para que lo quieran. Y de pronto descubre que nada de eso sirve para nada.

Pero estábamos hablando de trenzas y de vacaciones en la Unión. Y no sólo de peleas. Estamos hablando de tener nueve años y de ir al trapiche con la tía Luisa a hacer melcochas[2] y de asomarse a las piscinas de piedra, donde está la panela[3] hirviendo. Estoy hablando de ese olor a panela que entra por la nariz y se cuela en mi memoria. Los cucharones grandes revuelven y revuelven, hasta que salen los angelitos de caramelo y la tía Luisa los pone hirviendo en el mesón y nosotras nos quemamos las manos y la lengua para probarlos, y los angelitos de caramelo se pegan al paladar y es como saborear

2 Dulces de panela.

3 Producto que se obtiene al procesar el cultivo de la caña de azúcar.

un pedazo del cielo. Y la tía Luisa, con sus manos, estira la panela, mueve los brazos, mece la panela, la agranda, la achica, de aquí para allá, y los hilos de panela se van aclarando con el ritmo de sus brazos fuertes, hasta que se convierten en masa para melcochas.

Entonces nos da un poco a cada una. Un poco para Juliana, un poco para Valeria, y un poco para Lucía, siempre así, con las mismas palabras y en el mismo orden. Y hay que seguir estirando la melcocha, abriendo y cerrando los brazos, como si tuviéramos un ovillo de lana, hasta que las melcochas quedan en su punto. Un punto mágico que nunca supe exactamente cuál era. Sólo lo sabía la tía Luisa y un poco también Lucía, que era la más hábil con las manos. Cada melcocha se convierte en una trenza, luego se enrosca y se pone sobre las hojitas de naranja, que hemos recogido en la huerta. Nos repartimos las melcochas listas, en tres grupos. Yo escondo las mías y me las voy comiendo poquito a poco, no le regalo a nadie, hasta que se me pela el paladar. Pero las mejores melcochas son las que uno se come ahí mismo, en el trapiche, mientras va preparando la receta. Después se secan y se endurecen y ya no tienen la misma gracia.

También comparaban las melcochas, cuáles habían quedado en su punto, y ya les conté quién era la más hábil con las manos. Valeria y yo nos esforzábamos pero no demasiado. En el fondo, imaginábamos el veredicto de las tías. Hay competencias desiguales

en las que uno no debería participar y, sí, uno va aprendiendo poquito a poco. Dirán que todo esto es una idiotez, pero para mí era importante, precisamente porque todos decían que eran boberías y porque estos sentimientos nunca se podían mostrar en público. Es más: de eso no se hablaba y en mi casa siempre ha existido la ilusión de que sólo existe lo que se ve, lo que se toca y lo que se puede decir en voz alta. Esto, que se llama envidia, no se podía tocar y además era pecado. Uno de los siete pecados capitales, decían las tías. "Si la envidia fuera tiña, cuántos teñidos hubiera", era una frase que pronunciaba la tía Carmen, en el momento justo, y yo sentía que no me quitaba los ojos de encima. Disimuladamente, me examinaba la piel, pero nada se me notaba. Por dentro era otra cosa, por dentro estaba teñida de verde. Verde, del color de la envidia.

II. Valeria

Qué triste es tener nueve años,
más me valieran noventa
este año he sufrido tanto
que casi pierdo la cuenta.

La abuela, en la finca, nos enseñó ese verso a las tres durante unas vacaciones. Era larguísimo y mi memoria no es muy buena. Por eso sólo me acuerdo del comienzo y, bueno, de la idea principal, como dicen los profesores. Se trataba de una niña de nueve años que no cuadraba en ninguna parte. Con los niños no, porque ya no era niña, y, con los adultos, se sentía como mosca en leche. Cada vez que iba a opinar o a meterse en una conversación, la mandaban a callarse o a jugar. Yo no sé si a mí me empezó a pasar eso a los nueve o antes o, de pronto, fue después.

Pero, la verdad, a veces me sentía como la niña de la historia. La abuela decía que ese verso se lo había enseñado su abuela a los nueve años y yo no podía imaginármela con nueve años. Es más, confieso: me parecía que en cualquier momento se iba a morir. Y sólo por pensarlo, me sentía horrible, como una malvada niña, con malos pensamientos.

Pero la culpa de pensar que la abuela se iba a morir no era sólo de mis malos pensamientos. Las tías siempre hablaban de eso, en voz baja y diciendo sin decir, como sólo pueden hacer los adultos. Un silencio aquí y otro allá, una mirada, un gesto, nada muy claro, hasta que cumplió los setenta. Ese día hubo una misa en la finca, con toda la familia, que ya era como de cuarenta personas, sumando hijos, nietos y un biznieto. Yo me acuerdo de mis trenzas amarradas con dos lazos inmensos, blancos y ridículos, que se estrellaban contra mis mejillas al correr, y de mi vestido de encajes, hecho por mamá, que picaba horriblemente y que todo el mundo admiró. (Todos, menos yo.) Me impresionaron dos cosas: la ropa y la misa. Esa fue la primera vez que vi celebrar un cumpleaños con misa y no con fiesta y me acuerdo que pensé: "le hacen misa porque ya es vieja y se va a morir". También me acuerdo que ese día no comulgué, por haber pensado ese mal pensamiento y mis primas me miraron como a un bicho raro, seguro diciendo, "quién sabe qué pecado habrá cometido para no comulgar". Acabábamos de hacer la Primera Comunión y las tres éramos siempre las primeras en la fila de las

misas familiares. Eso era parte de pertenecer al mundo de los grandes.

Total, no comulgué en la misa de los setenta y, cuando llegaron los setenta y uno respiré aliviada. La abuela seguía ahí igualita, vieja, pero sin morirse. Desde esa época empezaron los comentarios de las tías:

–Tenemos que reunirnos todos para el cumpleaños de mamá, porque quién sabe si este sea el último –ordenaba, con cara larga y de circunstancias, la tía Carmen. Y todos movían la cabeza como diciendo, "sí". Y recogían la cuota para el almuerzo y conseguían a un cura pariente de mi abuela, que era arzobispo, para la misa y veníamos en carro o en avión, desde todas partes, desde donde cada uno viviera, para que no faltara nadie al "tal vez último cumpleaños". Y cada vez la abuela cumplía más años y cada vez había más gente que invadía La Unión: más nietos y más biznietos y más novios que ya se iban a casar y que ese día nos presentaban formalmente. Pero ella aguantaba igualita la invasión, aprendiéndose más nombres y sin morirse, y yo podía comulgar tranquila.

Qué triste es tener nueve años, más me valieran noventa. Un día, en alguno de esos cumpleaños, me sentí igual a la vieja niña del verso. Juliana y Lucía, como cosa rarísima, estaban de muy amigas y casi no me determinaron en todo el día. Sólo se acordaron de mí cuando el juego era yo, o mejor dicho, cuando estaba en juego mi "falta de personalidad".

–Valeria, ¿a ti quién te gusta más de los primos grandes: Juancho o Lucho? –me examinaba Juliana.

–No sé –contestaba yo–. ¿A ti?

–A mí Lucho. Ni comparación.

–Sí, ni comparación –repetía yo.

–A mí Juancho me gusta más. Es divino –decía Lucía y me miraba, amenazante, para que yo la apoyara.

–Sí, pensándolo bien, Juancho es divino –repetía yo.

–Pero decídete, Valeria –me exigían Lucía y Juliana, en coro–. Al fin, ¿cuál de los dos?

Yo miraba a Juliana, luego a Lucía y dudaba. Las dos estaban muertas de risa. Y cambiaban todo el tiempo de opinión, para ponerme trampas y hacerme cambiar a mí, desesperada, de un lado a otro, como en un partido de ping pong, sin saber cuál primo me gustaba más, porque me daba lo mismo, porque en el fondo, no me gustaba ninguno de los dos, nadie me gustaba, ni yo misma ni las primas. Y, con los ojos llenos de lágrimas, al fin me atreví:

–Ninguno me gusta, no me gustan los hombres –grité y salí corriendo. Ellas se quedaron ahí, riéndose y yo alcancé a oír las risitas y las frases finales:

–No le gustan los hombres. ¿Será que entonces le gustan las mujeres?

–Es que no tiene personalidad. Tan boba.

En ese triste cumpleaños hubo baile, para completar. Creo que, desde entonces, me traumatizan las fiestas bailables. Yo "comí pavo" toda la fiesta. (Así

llaman las tías a quedarse sentado en una fiesta, porque nadie lo saca a bailar a uno. Es una frase absurda, porque se supone que uno puede bailar solo, sin que nadie lo saque. Para eso tiene pies...) Hasta la abuela bailó, por darles gusto a las tías y por jugar al "no le pasan los años", a pesar de que yo sé que le dolían los juanetes. Ella misma me lo confesó y me dijo que ojalá se fueran todos, para poderse acostar tranquila. Me lo dijo en secreto cuando vino a sentarse a mi lado y a ponerme tema, lo que me pareció casi un milagro. Seguro me vio triste. Juliana y Lucía también bailaron. Juliana con Lucho y Lucía, con Juancho o al revés, no me acuerdo.

El caso es que yo, sentada en esas sillas que quedaron amontonadas en un rincón de la sala, contemplaba la escena y me sentía un bicho raro, entre los ronquidos de todos los primos chiquitos y los bailes de los mayores (incluyendo a mis primas, que ya empezaban a sentirse en esa categoría, ¡qué ridículas!) Todavía me veo ahí, tan infantil, con un cuello marinero demasiado grande, en ese rincón de la sala. Fue la primera vez que quise morirme, para ser invisible. Aunque después corregí mi mal pensamiento: no tenía necesidad de morirme. Ya era invisible. La prueba era que estaba ahí, en medio de tanta gente, y nadie se metía conmigo. No sé si era triste tener nueve años... ahora que lo pienso y lo escribo, todo parece tan infantil, tan de poca importancia. Tal vez ese día estaba especialmente sensible, o tal vez me dejé sugestionar por los versos que nos enseñaba la abuela. Ni idea.

III. Lucía

Me preguntan por la infancia y yo digo qué horror. Sólo se salvan las vacaciones en La Unión. Pienso en la piscina de agua helada y en mis dedos arrugados de viejita. "Les van a salir escamas", decía tía Luisa para obligarnos a salir, pero a nosotras nos resbalaba. "Les entra por un oído y les sale por otro", se reían los adultos. A nosotros no nos importaba que el agua fuera helada, ni que se hubiera ido el sol. No nos importaba "hacer la digestión" y esperar una hora después del almuerzo para podernos volver a meter al agua. Tía Luisa contaba que a un señor, un

día, le había dado un ataque por meterse a nadar después de almuerzo, sin esperar la digestión. Nunca, por más que se lo preguntamos mil veces, supo decirnos el nombre ni el apellido del señor. Mis primas decían que eran mentiras de ella, para obligarnos a reposar el almuerzo. Yo llegué a sospechar que hablaba de Manuel, mi hermano mayor, que se ahogó en la alberca, precisamente después de almuerzo.

Sé que me querían más, para qué voy a negarlo. Sé que la abuela y tía Luisa se morían por mí, que me protegían y que, de alguna forma, querían compensarme por la vida triste que era la vida en mi casa, con una mamá siempre haciendo de víctima, siempre vestida de negro, de gris o de azul oscuro. De chiquita sólo recuerdo una vez a mamá, con un vestido largo de color lila, cuando fue al matrimonio de mi prima Clemencia. Se veía linda, brillaba. Y recuerdo que a mí, con siete años, me pareció rarísimo verla maquillada, con el pelo en una moña, del brazo de papá. Más tarde me regalaron un portarretrato y yo escogí esa foto de mis papás juntos, felices, listos para la fiesta. Puse el portarretrato en mi mesa de noche y esa era la imagen que miraba cada día, tercamente, al acostarme y al levantarme. Era como un amuleto mágico. Yo pensaba que, de tanto mirar esa imagen alegre, iba a cambiar la cara larga de mamá. Pero esa mamá de la foto era reemplazada todas las mañanas por la mamá de verdad y la mamá de verdad estaba triste.

Al otro día, después del matrimonio, se volvió a poner una falda larga azul oscura, y yo le dije, "ma, por favor, recorta el vestido, para que puedas usarlo todos los días". Ella me hizo sentir que había dicho lo más absurdo y descabellado de toda mi vida. "Es un vestido de gala, finísimo, ¿cómo se te ocurre decirme que lo dañe?", me contestó tratando de decir "tú no entiendes". "Entonces, vístete siempre de lila", insistí, pero ella no me quiso hacer caso. No pudo o no quiso, siempre me quedará la duda, con lo fácil que hubiera sido recortar el vestido, en vez de guardarlo para siempre en el armario de los manteles. Habría podido también comprar telas de color lila o rosado, tampoco era pedir rojo, no era nada del otro mundo.

Pero llegaban las vacaciones y yo me sacudía del olor a guardado de mi casa, de las faldas oscuras de mamá y de su cara larga, y me iba a vivir a la finca de mi abuela. Mis papás y mis hermanos se quedaban en la casa en Bogotá y sólo iban los fines de semana a visitarme. Yo siempre era la primera en llegar. Primero que Juliana y que Valeria. Y era la última en irme. Raspaba las vacaciones y respiraba un aire de libertad que me daba fuerzas para aguantar tantos meses de encierro que luego se me venían encima, entre el colegio y la casa.

Durante las vacaciones dormíamos las tres primas en un cuarto que se comunicaba con el de tía Luisa. Cuando, a medianoche, el fantasma de Manuel hacía chirriar la puerta del armario para hacerme bromas,

yo no entendía que eran travesuras típicas de un niño y salía corriendo para la cama de Luisa. Temblando le contaba en secreto lo que él me había hecho y ella no era como papá y mamá, que siempre decían, "son imaginaciones tuyas, los fantasmas no existen". Luisa sí me creía; sabía que era verdad. En secreto, me decía que no tuviera miedo, que Manuel sólo quería verme porque él me había visto en la barriga de mi mamá y no había alcanzado a conocerme. También decía que era un niño fantasma, una presencia celestial y que no debía tenerle miedo, que él estaba ahí para cuidarme. Yo le creía y me abrazaba a ella, y así, bien apretadas, hablábamos de Manuel hasta que me quedaba dormida. Al otro día, mis primas me descubrían en la cama de Luisa y se burlaban de mí, como la niñita que no puede dormir sola. En el fondo, se morían de celos. Lo supe siempre y eso no me disgustaba. A los nueve años, yo sabía que necesitaba cariño. Chupaba afecto como una esponja. Necesitaba abrazos y disimulaba dándomelas de fuerte.

Era mandona y dominante, qué le voy a hacer. Ahora me doy cuenta. Si hubiera podido aplastar a mis primas, las habría aplastado. Las dejaba regadas en las competencias de natación. Les pegaba durísimo con el balón, cuando jugábamos básquet. Mis piernas eran más largas, corrían mejor y se agarraban de la tierra cuando trepábamos monte arriba, en las excursiones. Mis manos eran hábiles y sabían hacer las melcochas casi tan bien como Luisa. Fui siempre la más alta, la mejor deportista, la más acusetas, la

más consentida, la de voz más chillona. Necesitaba ser todo eso. Necesitaba que allá en La Unión, alguien me quisiera más que a nadie. (Y Luisa me quería así.) Mi abuela también me quería mucho pero, al menos ella, trataba de disimular y jugaba a que nos quería a las tres igual. Ahora que ya he crecido, cuando todas esas cosas no están en juego, cuando la vida se define en otras pruebas, me niego a creerlo. Necesito creer que mi abuela me quería más que a nadie en el mundo.

TRES

Señales de adolescencia

Te decía que en el alma y la piel
se le borraron las pecas
y su mundo de muñecas pasó.

Joan Manuel Serrat

I. Juliana

Un buen día te vuelves monotemática. Te salen pelos en las axilas. Te compran desodorante. Tu mamá busca momentos para conversar contigo de mujer a mujer. Te habla de los secretos de la vida. Se ve nerviosa, pero trata de parecer muy natural. Te previene y te anuncia cambios que van a suceder en tu cuerpo. Tú ya lo sabes todo, ya lo has leído en las revistas, te lo han explicado en el colegio, en la clase de comportamiento y salud, lo has hablado una y mil veces con tu mejor amiga, sabes que a una del otro curso ya le vino la regla, tratas de sacar pecho delante

del espejo, miras los brassieres en las vitrinas de los almacenes. Pero cuando tu mamá te da la conferencia típica sobre lo que va a suceder, te haces la de las gafas. Tratas también de parecer muy natural y un poco ignorante, para no desilusionarla, para que crea que ella es la que sabe y que tú estás descubriendo el agua tibia, gracias a sus palabras. Por lo menos, así me pasó a mí.

Cuando mi mamá empezó con sus clases teóricas, yo ya era una experta en la materia. Había leído mucho. Todas las *Vanidades* y *Cosmopolitan* de mi casa y de las casas de mis amigas explicaban qué hacer cuando su hija llegue a la pubertad, cómo ser amiga de una hija adolescente, en qué consiste la adolescencia, etcétera. Digamos que trataban de solucionar los problemas de los adultos, o sea que yo estaba muy bien informada sobre lo que debía hacer una mamá con una hija adolescente. El problema era que yo no era la mamá, sino la hija. Por eso creo que no me sirvieron de nada las lecturas. Tenía 12 años, me sentía común y corriente, pero, según las revistas y según mi mamá, se me estaba acabando la infancia. Un buen día empecé a darme cuenta de que era cierto. Lo que estaba escrito me estaba pasando a mí. Aunque todo llegó de una forma diferente. No puedo decir el día exacto. Hubo algunas señales regadas por ahí, mezcladas con muchos días comunes y corrientes. Tal vez por eso no supe bien a qué horas empecé a volverme grande.

La primera señal verdadera fue la de los zapatos. Estaban de moda los zapatos con tacón y plataforma y las más grandes de mi curso tenían. Por fin logré convencer a mi mamá para que me los regalara de cumpleaños. Fuimos las dos solas, sin mis hermanos, al almacén donde mi mejor amiga los había comprado. Nunca se me olvidará cuando la señorita los trajo entre la caja, en número 36. Eran unos mocasines negros con tacón: mi sueño hecho realidad. Cuando me los medí, me parecieron un poco ridículos, habría preferido unos tenis de colores divinos que estaban en la vitrina. Pero no. Tenía que comprar los mocasines negros de mi mejor amiga. Caminé con los tacones en el almacén y arrastraba horriblemente los pies. Me sentía subida en una plataforma gigante, tenía miedo de resbalar, de que se me doblara el pie, de hacer el oso. Mamá trató de ayudar: "Si no te gustan, podemos mirar otros que sean más de niña, más de tu estilo". La fulminé con la mirada. La señorita y mi mamá se miraron, cómplices, como diciendo, "no hay quien las entienda". Yo no volví a abrir la boca.

–¿Estás segura de que esos son los que quieres? –se atrevió a decir mamá.

Volví a fulminarla con la mirada como diciendo, "obvio, qué pregunta". Ella pagó y dijo entre dientes algo así como, "carísimos, ojalá no se queden guardados en el armario". Intercambió otras miradas con la señorita buscando comprensión y haciéndose la mártir y la señorita la entendió perfectamente. (Segu-

ro tenía otra hija de doce años, pensé, y la miré con odio.) Salimos del almacén sin hablar. Me subí en el carro y cerré la puerta de un portazo. A mi mamá se le acabó la comprensión que aconsejaban las revistas. Me echó un sermón durante todo el camino de regreso y me dijo que era una desagradecida. Yo la oía y sabía que tenía razón pero más la odiaba y más ganas me daban de ser detestable. No hablé durante el resto de la tarde. Me encerré en el cuarto y puse mi música a todo volumen. Cuando me tocaron a la puerta para que pasara a comer, grité que no tenía hambre. Nadie fue a rogarme, nadie se metió conmigo, por órdenes de mamá.

Esa noche me dormí llorando. Con los tacones ahí mirándome desde los pies de la cama sentía que me estaba despidiendo de algo. No podía parar y tampoco sabía bien por qué lloraba. Nunca me había sentido tan triste en toda mi vida. La verdad es que no me gustaron mucho esos primeros zapatos de tacón. Eran demasiado adultos para doce años, pero tenía que usarlos por una cuestión de honor. Ir a las fiestas con mis amigas y tener la misma ropa. Los mismos *jeans* rotos y desteñidos, pero con la marca de moda. La misma camiseta, el mismo peinado y hasta los mismos gestos. Teníamos que ser igualitas para ser alguien en la vida.

La segunda señal fue una miniteca en la casa de Paula, mi mejor amiga. Ella escogió a las más amigas del curso, que además supieran bailar. Éramos diez y yo estaba feliz porque no invitó a Valeria ni a Lucía.

En realidad, mis primas eran un poco infantiles y no clasificaron para la fiesta. Juan Esteban, el hermano de Paula, que era dos años mayor, invitó a diez de su curso. O sea, que éramos diez y diez, para que nadie se quedara sin bailar.

Para completar, papá, mamá y mis hermanos fueron a llevarme todos en el carro. Yo hacía fuerza para que nadie estuviera en la puerta, cuando llegara semejante paseo. (Otra señal, ahora que lo pienso, era esa: de repente, mi familia me parecía ridícula, me avergonzaba encontrarme a una amiga un sábado y que me viera con mis papás y mis hermanos. La familia empezó ser algo que se oculta, como una enfermedad contagiosa e inevitable.) Papá, que todavía me creía su nenita, le dijo a mamá que me acompañara hasta la puerta, que le preguntara a la mamá de Paula a qué horas tenían que venir a recogerme. Ella le contestó que mejor yo llamaba luego... total, iban a estar en la casa viendo las películas que acababan de alquilar. Yo se le agradecí con la mirada y aproveché la discusión para bajarme del carro y decir chao, con la mano. Con la mente les dije más cosas: "Por favor esfúmense de la faz de la tierra y hagan que arranque ese carro antes de que se abra esta bendita puerta". Funcionó la telepatía. La puerta se abrió y no volví a saber de mi familia.

Cuando entré, me sentí horrible. La sala ya estaba llena y dividida en dos, lista, más para un *round* de boxeo, que para una miniteca. En este lado, los hombres y en este otro, las mujeres. En la mitad, como

jueces y árbitros, los papás de Paula, una tía y hasta la abuelita, todos en plan de "divinos los niños, tan tiernos, quién lo creyera, cómo pasa el tiempo", pero sin creerlo en serio, como viendo una representación de ésas típicas del colegio. Claro, entrar en escena, significaba un examen de pies a cabeza. Sentí más de veinte miradas, desde la abuelita para abajo, examinándome o desvistiéndome, depende del punto de vista y de a quién perteneciera la mirada... (¿Qué estarían diciendo "los hombres"? ...Y mis amigas, ¿me aprobaban?) Las manos me sudaban y el corazón se me iba a salir del cuerpo. Tenía miedo de que se me doblara un pie, con mis zapatos nuevos de tacón. Pero desfilé bien y logré llegar hasta mi puesto sin hacer ningún movimiento que me delatara. Empecé a intercambiar secretos, risitas y miradas con Paula, Daniela y María, que me quedaban al lado y así, poco a poco, me sentí mejor. El ambiente empezó a relajarse: alguien apagó una luz, el papá de Paula ofreció Coca Cola con unas gotas de ron, las estrellitas de la miniteca empezaron a iluminarnos, sonó la canción de moda, *Pies Descalzos*, y los "hombres", fieles a su papel antiguo, tomaron la iniciativa. Se levantaron de sus asientos y atravesaron la sala rumbo a nosotras. Eran momentos interminables: por quién vendrán, hacia quién se dirige este, uff, qué horror, me va a tocar el del acné. Afortunadamente ése se desvió y escogió a Daniela, pobre Daniela, pero, al fin y al cabo, la sacaron a bailar, qué suerte, qué tal que a mí no me sacara nadie...

De pronto vi que se acercaba el de los *jeans* rotos, el más alto y el más a la moda. Venía caminando derecho hacia mí. Me puse a hablar con María de cualquier cosa, ninguna sabía de qué... Las dos pensando en él y no en la conversación. Espejito, espejito, ¿quién es la más linda, por quién vendrá el de los *jeans* rotos? Pensé que me tendía la mano y me levanté de mi silla pero venía por María. "¿Bailas?", le dijo el de los *jeans* rotos a María y ella dijo que sí. Yo los odié a los dos y me quedé ahí, como un tomate. Me alisé la blusa con un gesto exagerado para que todos vieran que era eso lo que estaba haciendo, que para eso me había levantado de la silla, pero deseando que la tierra se abriera y me tragara ahí mismo. Fueron los segundos más largos y más ridículos de toda mi vida.

–¿Quieres bailar? –me preguntó Juan Esteban. (¿Era conmigo?) Dudé un segundo pero esta vez era cierto: era conmigo. No sé si lo hizo para rescatarme o si simplemente fue porque quería, en todo caso no importaba: yo lo adoré. Bailé toda la noche con él, que tampoco sabía bailar casi. Las manos le sudaban, creo que también estaba nervioso, hasta que, poco a poco, el miedo se nos fue quitando. Él tenía catorce y yo doce. Esa noche, cuando mi papá vino a recogerme, me sentí adolescente. Ya no tenía nada qué hablar con él.

–¿Qué tal la fiesta?... ¿Sí te sacaron a bailar? –me preguntó, medio incrédulo, medio burlón, y también muerto de la curiosidad. Yo le dije un "ajá", muy poco convencido, un ajá impersonal, como quien dice

"todo estuvo más o menos, no preguntes más, no te metas, es mi vida". Él debió entenderlo porque no habló más en todo el camino. Menos mal sonaba una canción de los *Beatles*, "esos gemelitos de la época de papá", como los llamaba mi hermano menor. *I wanna hold your hand* cantaba él, tratando de hacerse el joven. Yo sólo podía pensar en Juan Esteban. Cerré los ojos para repasar cada instante. La última frase que me dijo fue: "¿Puedo llamarte?". Mi respuesta había sido un sí, tímido, para no parecer demasiado emocionada o demasiado nerviosa. ¿Qué tal si contestaba mi papá, o uno de mis hermanos?... ¿Quién se aguantaba la burla? ¿Qué tal que no me llamara, qué tal que pensara que yo no quería? Mi voz había sonado tan neutral, podía asustarse o sentirse rechazado. Bueno, pero si me llamaba, ¿qué iba a decir...? Traté de ensayar un poco la conversación.

–Despierta, Juliana.Ya llegamos.

Me bajé del carro haciéndome la dormida, como si de verdad despertara de un sueño profundo. El reloj daba las doce de *La Cenicienta* cuando entramos a la casa. Sólo falta que mamá esté despierta y que me enloquezca a punta de preguntas, pensé. Pero nadie rompió mi encantamiento. Papá entendió perfectamente y sólo dijo, "hasta mañana". Me encerré en el cuarto, me quité los zapatos de tacón y me miré de reojo en el espejo, repasando mi imagen de la fiesta. Desde el otro lado del espejo, me saludó Juliana, la otra, la que había bailado toda la noche con Juan Esteban. Las dos nos sonreímos, con sonrisa de

"Hola mundo, aquí estoy", como en la propaganda de jabón Johnsons. Esa noche me dormí sabiendo que esa palabra tan esperada, que se llama adolescencia, por fin empezaba a tener un significado real.

II. Valeria

—¿Qué quieres hacer de cumpleaños? –me pregunta mamá.

–Nada especial –digo indiferente. Me da lo mismo.

–Podrías invitar a tus amiguitas, como el año pasado, –insiste.

–No tengo amiguitas –protesto, y subrayo el diminutivo. ¿Por qué todo lo mío termina en "ito" o en "ita", cuando lo dice ella?, me pregunto con rabia, pero no se lo digo, claro. Nunca digo nada. A veces me parece que, en vez de hija, soy su osito de peluche. Piensa

por mí, decide por mí, me pregunta y ella misma se contesta.

–Ya sé, tengo una idea: ¿qué tal si organizamos un paseo a la finca de la abuela? Hace tiempos que no se reúne toda la familia. Tu cumpleaños es una excelente disculpa. Además, cae en domingo. Y con estos días que están haciendo… ¿Ah?

Mamá me mira exagerando la felicidad de su buena idea. (De su disculpa.) Yo sigo enfurruñada y más muda que de costumbre. Organizamos suena como si fuera mucha gente. Y ella es la que organiza, no yo. Organiza: ella. Tercera persona del singular.

–Los trece años son una fecha especial. ¿No te parece?

No me parece pero, claro, no se lo digo. O, bueno, no se lo digo con palabras. Y ella parece no entender el lenguaje de los gestos.

Total que ya decidió por mí. La oigo llamar a todo el mundo y repetir el mismo rollo telefónico una y otra vez.

–Sí, es el domingo. Hay que aprovechar esa finca, antes de que les dé por venderla… Con la situación de este país, no tendría nada de raro… No te preocupes, yo me encargo de llevar todo.

–Sí, un asado, para celebrarle el cumpleaños a Valeria. Sí, trece años ya. Imagínate, cómo pasa el tiempo, bla, bla…

–Sí. El domingo próximo… bla, bla, bla. Con toda la familia. Hace tiempos que no nos reunimos. Es un buen motivo.

Yo sólo la oigo desde lejos y no intervengo en los preparativos. Es la fiesta de mamá y yo soy su disculpa. (Que conste que ella lo dijo primero.) Siempre se sale con la suya. Así que aparezco con trece años, en domingo, y aquí estamos, todos reunidos, en mi cumpleaños feliz.

A los trece, la familia deja de ser la familia ideal. Uno se pregunta qué tiene que ver con toda esa gente y, por más que lo piensa, no encuentra ninguna respuesta decente.

–Feliz cumpleaños, Valeria –me dicen las tías cacatúas.

–Feliz cumpleaños –repite detrás mi tío político.

–Feliz cumpleaños –me besa la tía hipócrita que no hace más que criticarme.

–Felicitaciones, nena –dice la abuela y me entrega un paquete inmenso, como en los viejos tiempos, cuando cumplir años era lo máximo de la vida. (Ya no me dan tantas ganas de romper el papel de regalo para ver qué hay adentro y mamá me hace una cara terrible, como diciendo, "emociónate, no seas tan desagradecida".)

Llega Juliana, con su típica cara de *&&*%% (ya saben qué) y sus uñas azules oscuras con escarcha. Boca torcida pintada de negro y zapatos de tacón. Demasiado elegante para una finca, pienso, y eso que yo poco me fijo en la ropa. Pero es que parece sacada de una revista de *rock*, tan creída.

Llega Lucía, con su cara de tragedia. Idéntica a su mamá, que siempre ha sido la pobrecita de la familia.

"Pobre Carmencita", dice la abuela, "lo duro que le ha tocado", remata, y todos dicen "sí, pobre, qué vida". Son frases automáticas. Frases gastadas que se dicen en familia, aunque nadie sepa bien qué significan. Nadie tiene ganas de inventarse algo distinto.

–El sol está delicioso –dice mamá y se queda mirándome. ¿Por qué no se meten a la piscina?

Las tres nos miramos como tres perfectas desconocidas. Juliana exagera el torcido de su boca negra. Lucía exagera su "pobrecitez". Y yo, como siempre, no expreso nada: soy el relleno del sándwich. El sol pica. Pienso que, de pronto, sería buena idea meternos al cuartico las tres, como siempre, ponernos el vestido de baño y salir corriendo a la piscina. Pero no me atrevo a proponerlo: puede sonar infantil y ahora hay que andarse con pies de plomo para no meter la pata. Antes no éramos así; antes teníamos unas costumbres, unas rutinas, una amistad secreta, unos juegos. Ahora no jugamos a nada. En el colegio no nos determinamos, cada una tiene su grupo. Algo se ha roto. Los gestos y las costumbres de antes ya no significan lo mismo. El problema es que no tenemos otras costumbres de reemplazo. Seguimos ahí paradas, con ese calor, como tres bobas atravesadas, tres bocas torcidas en la mitad de tanta gente con caras felices.

Hasta que mamá rompe el hielo. Me lleva a un lado, me aprieta el brazo, disimuladamente. ¿Es un apretón o un pellizco?

–Deja de hacer esa cara de dolor de estómago. Te vas YA a poner el vestido de baño, a ver si arreglas este velorio. Tú eres la anfitriona y tienes que dar ejemplo.

¿Ejemplo de felicidad? ¿Ejemplo de fiesta? Sólo se da ejemplo cuando es algo de portarse bien, pienso, pero, claro, no digo nada. Obedezco, como siempre. Y me encierro en el cuartico de siempre, al lado de la piscina. Desde el espejo de siempre, me veo plana como una mesa, y con esos vellos negros ridículos que me han empezado a salir en desorden, debajo del estómago. Ya no tengo el cuerpo como antes, pero este cuerpo de ahora tampoco parece mío. Tengo ganas de llorar o de quedarme ahí parada pero mamá vuelve a resolver mis pensamientos. Golpea a la puerta con un "sal inmediatamente de ahí". Obedezco y me pongo el vestido de baño. Atiborro toda mi ropa en el maletín de los 101 Dálmatas, que, viéndolo bien, está un poco pasado de moda. (Fue mi regalo de doce años y, de repente, me parece como si lo tuviera hace siglos.)

Me clavo de cabeza en la piscina y la atravieso de tres brazadas. Las cosas se achican cuando uno crece... Cómo cambian las distancias, las alturas, lo que antes se veía gigantesco y ahora estoy metida en esta piscina tan pequeña. Pienso en hoy hace seis años, exactamente. Cumplí los siete y ese día aprendí a nadar aquí mismo. Necesitaba dar veinte brazadas para llegar de un lado hasta el otro y era tan difícil... Yo

contaba y nadaba y siempre estaba a punto de hundirme, pensaba si iba a llegar hasta el otro extremo. Sentí lástima de la piscina, tan pequeña y tan ridícula, ¿pueden creer? Tenerle lástima a una piscina, ¡qué pensamiento tan idiota!...

Aburrida y sola entre el agua, vi cómo Juliana y Lucía conversaban, con sus bocas torcidas, cada boca para un lado diferente. De pronto las vi salir a encerrarse en el cuartico. Parecían tan amigas, a leguas se notaba que hablaban de sus cosas privadas, que ellas sí tenían secretos para compartir. Mis dos primas "trillizas" habían crecido más rápido, me habían traicionado, pensé, y creí que nunca iba a perdonarlas por semejante humillación. Es absurdo y, de pronto hasta anormal, sentir celos de otras mujeres. Peor todavía si son primas. Se supone que celos es una palabra para novios o problemas así, de amor. Pero entonces, ¿qué es eso que uno siente cuando son tres y de pronto hay una que ya no cuadra en el grupo? ¿Una que dejan abandonada? ¿Cómo se llama lo que uno siente cuando lo sacan del triángulo? Existen sentimientos que no tienen palabras. Qué cantidad de bobadas las que alcanzo a pensar por minuto.

Las dos salen por fin del cuartico. ¿Es un paseo, o un desfile de modas? Juliana muestra su bikini de brassier exagerado. Se cree de dieciocho, pero a leguas se nota que es puro relleno. Lucía se lanza a la piscinita insignificante con una clavada deportiva, de campeona olímpica.

–¡Uff, qué agua tan helada! –exagera Juliana, con una voz de "qué horror de plan".

–Aquí es imposible nadar sin tropezarse. Esta piscina es como de juguete, –remata Lucía, con voz despectiva.

Yo las odio. Pero, claro, no digo nada. Sólo muevo la cabeza con cada una de sus frases como diciendo "sí, qué horror, estoy de acuerdo con ustedes". Siempre estoy de acuerdo. Lo único bueno de cumplir años son los regalos.

III. Lucía

La familia de la propaganda está en un campo maravilloso, lleno de flores amarillas. Sobre un mantel de cuadros rojos y blancos, típico de propaganda, está el canasto, típico del *picnic*. Lógico, todos se ríen y comen felices. Son dos y dos, como siempre en las familias de las propagandas: Un papá y una